

Sal en los labios

Sal en los labios

Una historia sobre el silencio, romper y quedarse

A. Van Andel

Autor: A. van Andel

Diseño de portada: A. van Andel

ISBN:9789465386720

© A. van Andel

Prólogo

Este libro no es una acusación. Y no es responsabilidad.

Es una historia sobre lo que ocurre cuando aprendes a guardar silencio antes de elegir algo. Sobre cómo el amor a veces parece algo que tienes que ganarte. Sobre cómo la libertad llama, pero no siempre protege.

Salt on my Lips no empezó como un libro. Empezó como recuerdos que seguían apareciendo. Momentos que se quedan atascados en mi cuerpo: un primer beso junto al mar, silencio en una mesa de la cocina, una maleta que se preparaba más a menudo que sin hacer, palabras que no se decían pero que lo determinaban todo. Escribí esto para la chica que era. Por la mujer en la que me convertí. Y para todos los que se reconocen a sí mismos adaptándose, esperando, esperando que las cosas cambien por sí solas.

Esta historia trata sobre islas, pero aún más sobre paisajes interiores. Sobre cómo puedes perderte sin darte cuenta. Y sobre cómo puedes reencontrarte a ti mismo, no de repente, no perfectamente, sino paso a paso. Algunos capítulos son ligeros. Otros duelen. No porque estén destinados a impactar, sino porque la verdad a veces irrita. No hice nada más bonito de lo que era, ni nada más pesado de lo que se sentía.

Si lees esto y piensas en algún sitio: Lo sé, entonces este libro también es un poco tuyo. Y si lo lees y piensas: No lo entiendo del todo, espero que te haga sentir algo.

Esta no es una historia sobre victimización. Es una historia sobre supervivencia, aprendizaje y, en última instancia: elección.

Con sal en los labios por el mar, por las lágrimas y por todo lo que me ha enseñado a sentir.

Libre por primera vez

Por primera vez rompí el invisible cordón umbilical; Aunque solo fuera por dos semanas, escapé del eco constante de la voz de mi madre. Una voz que me oprimía como una armadura en una interpretación asfixiante de la cultura hindustani, donde 'tradición' a menudo era solo sinónimo de control y obediencia.

Cuando el avión cortó las nubes, dejé el plano convincente de quién pensaba que debía ser muy por debajo de mí. Huí de los muros de los Países Bajos, pero especialmente de la versión de mí misma que había aprendido a interpretar: la chica que apagaba su propia luz para no cegar a los demás.

El sol colgaba bajo sobre el mar, como si quisiera ocultar sus secretos en el agua. Tenía diecisiete años, más libre que nunca, con sal en la piel y sueños más grandes que mi miedo.

Mallorca no fue una fiesta despreocupada, sino un bautismo crudo de fuego en un universo que ya no me veía como 'hija de'. Para mi curso de Turismo y Gestión Empresarial, elegí la especialización de guía turístico para mis prácticas con un único objetivo ardiente: aprovechar la oportunidad para irme a esta isla. Esas dos semanas de entrenamiento fueron mi billete dorado hacia la libertad, una forma de sacar dinero de créditos extra mientras me libraba de las cadenas del hogar.

Lejos de las asfixiantes tradiciones y las leyes férreas del régimen de mi madre, me vi arrojado a un mundo donde solo contaban mis propios esfuerzos. Los días eran duros; Regido por una disciplina estricta, horarios agotadores y la presión constante de cumplir con las expectativas profesionales. Pero había una ironía liberadora en ese agotamiento: la estructura dura como una roca del trabajo guía turístico se sentía

paradojicamente ligera como una pluma comparada con la prisión psicológica de la casa de mis padres.

En los Países Bajos estaba limitado por lo que otros pensaban de mí; Aquí me desafiaban con lo que yo mismo podía lograr. Mi cuerpo estaba destrozado, mi cabeza daba vueltas con nuevas impresiones, pero cada fibra de mi cuerpo palpitaba con una energía eléctrica. Estaba agotada hasta los huesos, pero por primera vez en mis diecisiete años ya no me sentía como un fantasma que tenía que pedir permiso para respirar. Por fin, estaba gloriosa y dolorosamente viva.

Tras un día agotador lleno de disciplina, la noche se abrió de golpe. Salimos. Salir de fiesta. Decir esa palabra me parecía un ritual prohibido, un pecado sagrado. Mis amigos a veces iban a la discoteca y a veces preguntaban si iba yo, pero siempre tenía que decepcionarlos, mi madre nunca me dejó ir, solo pedirle era castigado con la muerte.

En mi infancia, ni siquiera me dejaban asistir al cumpleaños de un compañero o amigo. Siempre me invitaban, pero siempre tenía que inventar una excusa para no ir. Me pareció terrible y me entristeció mucho. En un momento dado ya no me invitaron, porque nunca fui a una fiesta infantil de todas formas.

Tenía diecisiete años y nunca había cruzado el umbral de una discoteca, pero cuando entré en ese mundo, todo lo que conocía se desvaneció.

Dentro, el aire estaba cargado de electricidad y adrenalina. La música ya no era un sonido, sino una fuerza física; El bajo golpeaba tan implacablemente contra mi pecho que mis propios pensamientos simplemente se pulverizaban. La luz era una danza psicótica de destellos encendidos, apagados, encendidos exactamente al ritmo crudo que tomaba el control de mis extremidades. Mi cuerpo se movía instintivamente, liberado de las cadenas de hierro del 'deber'. Ya no tenía que pensar, ya no tenía que complacer. Solo tenía que ser.

Mi primera cerveza sabía a rebeldía amarga y libertad líquida. Entonces Isabelle le trajo un chupito a mi compañero de piso: agudo, ardiente como fuego líquido en mi garganta, una sensación peligrosa que agudizó mis sentidos. Una risa liberadora que venía de los sótanos más profundos de mi alma. Bailaba sin un plan, una coreografía salvaje de pura liberación, y trastabillaba con el mundo que me rodeaba sin conocer las reglas del juego. Ni siquiera sabía que lo que estaba haciendo era coquetear; Solo sentí la alegría sin filtros y absorbente del momento.

La música creció hasta que las paredes parecían respirar y ondular con el éxtasis de la noche. Los colores explotaron en mi campo de visión, un caleidoscopio que se fundía con el latido del corazón de la ciudad. Sin vergüenza, sin inhibiciones, me dejé llevar. Mi cabeza estaba quieta, pero mi cuerpo finalmente se había despertado y conocía un idioma que nunca me había atrevido a permitirme.

En el corazón de la multitud en arremolino lo sentí de repente: una mirada que cortaba la música y el calor como una descarga eléctrica. No fue un paso fugaz, sino una mirada que se detuvo y detuvo el tiempo. Alzé la vista y me atrapó su mirada. Era Lucas. Lucas es un chico rubio oscuro espontáneo y agradable de Brabante que también siguió el entrenamiento.

Se quedó allí, una silueta tambaleándose entre la luz y la oscuridad, medio absorta por las sombras intermitentes del club. No sonreía directamente con la boca, pero sus ojos decían mucho. No me miró, me miró a través de mí. En medio de ese caos ensordecedor, entre cientos de cuerpos en movimiento y los latidos acelerados, parecía que dibujaba un círculo a nuestro alrededor. En su opinión, el resto del mundo no existía; Solo existía la conexión cruda y temblorosa entre él y yo. Por primera vez en mi vida, no me miraban para ser juzgada, sino realmente vistas por quien era.

Mi corazón dio un vuelco, un golpe violento que ahogó por un momento el bajo retumbante del club. Él se me acercó con

una calma exasperante, casi depredadora, sin prisa, sin duda, como si viera escrito en las estrellas que no me iba a ir. El espacio entre nosotros se redujo mientras el mundo a nuestro alrededor desaparecía en una neblina de luces intermitentes.

Cuando por fin se puso justo delante de mí, no rompió el silencio con palabras. Dejó que la música hiciera el trabajo. Sin rastro de incomodidad, empezó a moverse al ritmo, con la mirada fija en los míos. Al principio mantenía una pequeña distancia eléctrica, una especie de tierra de nadie invisible donde la tensión entre nosotros se volvía casi tangible. Era un emocionante juego de atracción y repulsión, un baile ritual en el que nos sentíamos sin tocarnos. En esos pocos centímetros entre nuestros cuerpos, vibraba la promesa de algo completamente nuevo, algo que nunca antes me había atrevido a sentir.

Nuestros movimientos se fusionaban sin esfuerzo, una coreografía instintiva en la que nos encontrábamos sin palabras. Bailamos en un campo magnético; cerca, pero sin tocarse completamente. Todavía no. Cada risa que compartíamos, cada giro que dábamos, se sentía como una pequeña victoria sobre la gravedad de mi pasado. Perdimos el ritmo en el éxtasis del momento, solo para encontrarlo inmediatamente de nuevo en los ojos del otro.

El mundo fuera del club había dejado de existir. Las horas se licuaban y se desvanecían en minutos bajo el calor sofocante de la pista de baile. El club se convirtió en una masa giratoria de cuerpos, pero mis sentidos solo estaban atentos a él. De vez en cuando había esa descarga eléctrica: nuestras yemas de los dedos rozándose, un roce fugaz de un hombro o una cadera. Eran gestos minúsculos, pero me golpearon como bombas en el estómago.

Bailamos toda la noche, atrapados en una burbuja que el tiempo no controlaba. Sentía que la noche había sido creada solo para nosotros, como si las luces parpadearan solo para